

# EL CATEQUISTA

Revista semanal

APROBADA Y BENDECIDA

POR EL

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo

DE LA DIÓCESIS

«Evangelizare pauperibus misit me».

«Me envió el Señor á evangelizar á los pobres».

LUC., c. 4, v. 18.

---

Año I.

Sábado 24 Marzo 1906.

Núm. 12.

---

## Catequística.

---

**Jesucristo es Dios y hombre verdadero.**

Probada y asentada sobre sólidas bases la existencia de Jesucristo, pide el buen orden que pasemos á explicar su naturaleza ó esencia. Y, como esa explicación nos la da el Catecismo, al decirnos que: *Jesucristo es Dios y hombre verdadero*, con lo cual nos presenta la definición esencial de Jesucristo, ó sea sus elementos constitutivos, que son la naturaleza divina y la humana bajo la unidad de persona, que es la segunda de la Santísima Trinidad, nuestro deber en esta materia es demostrar que aquel ser extraordinario que en la historia se llamó y se llama Jesucristo, fué *verdadero Dios y verdadero hombre*.

Y, porque no entra ahora en la actual materia, ni en nuestros propósitos, sino la demostración de esas dos únicas cosas, dejaremos para su oportuno lugar el probar que Jesucristo es el Hijo de Dios encarnado en las entrañas de la Virgen María; que es el Mesías prometido por Dios al pueblo de Israel y á toda la humanidad; que ese Mesías ya existió y murió por nosotros; y otras cosas á estas parecidas.

Probaremos, pues, que Jesucristo es Dios, y que Jesucristo es hombre; mas por exigencias de las reglas del discurso, fáciles de conocer por cualquiera, invertiremos tambien aquí, como ya lo hicimos arriba, las partes de la proposición; y por eso, probaremos primero que Jesucristo es hombre, y después que es Dios. De esta manera caminaremos de lo más fácil á lo más difícil de conocer, y podremos valernos para conseguir nuestro propósito

de las armas de la razón, apoyada en la historia, es decir: en el testimonio de los Evangelistas y demás escritores Sagrados, pero considerados sólo como historiadores humanos, que es el único apoyo en que por ahora nos queremos fundar.

Pues bien: así como hubo quienes negaron la existencia de Jesucristo, así tampoco han faltado quienes negaron ya que Jesucristo era verdadero hombre, ya que era verdadero Dios. Las verdades más claras y más fundamentales, tanto del campo de la razón, como del de la fe, no están libres de los ataques de los hombres.

«Hubo algunos, escribe Sto. Tomás, que negaron la verdad de la Encarnación y pusieron en su lugar cierta fingida semejanza de ella. Porque los Maniqueos dijeron que el Hijo de Dios no había tomado cuerpo verdadero, sino sólo un cuerpo fantástico, de lo cual se seguiría que no había sido verdadero hombre, sino aparente.

Cosa parecida al error de los Maniqueos, sostuvo Valentino acerca del misterio de la Encarnación; pues dijo que Jesucristo no había tenido cuerpo terreno, sino traído del cielo; y que, por tanto, no tomó nada de la Virgen, su madre, y que pasó por ella como el agua por el acueducto. Parece á éste, pero más impío aún es el error del hereje Apolinar; pues dijo que el cuerpo de Jesucristo no fué tomado de la Virgen, sino que parte del Verbo divino se había convertido en carne.

Camino opuesto sigue Arrio, porque este empedernido hereje afirmó que Jesucristo tomó sólo el cuerpo humano, pero no el alma; porque el defecto del alma lo suplía la divinidad. Y Apolinar admitió en Jesucristo el alma sensitiva, pero le negaba el alma espiritual y racional. Le dejaba, como dice San Agustín, el alma de las bestias y le quitaba la del hombre.

Hubo otros, como Ebión, Cerinto, Pablo de Samosata, y Fotino, que dijeron que Jesucristo sólo tenía propiamente la naturaleza humana; y que no tenía la verdadera naturaleza divina, sino sólo por cierta excelente participación de la divina gloria.

Otros, por último, entre los que están Teodoro de Mopsuesta y Nestorio, niegan la verdadera unión personal del Hijo de Dios con la naturaleza humana, y dicen que Jesucristo es hombre compuesto de alma y cuerpo, pero que el Verbo sólo habitó en ese hombre como en su templo; esto es, por la gracia, al modo

que habita en los justos (1). De estos fundamentos se siguieron, como consecuencia, otros menos notables, bajo algún aspecto, pero no menos perniciosos: como el admitir en Jesucristo dos personas distintas, una divina y otra humana; ó bien el decir, que después de la Encarnación, no permanecen íntegras las dos naturalezas, humana y divina, sino que se funden y producen otra tercera y diferente naturaleza, que es el error de los Eutiquianos ó Manafisitas; ó bien, por último, el sostener que en Jesucristo no hay más que una sola voluntad, como hicieron los Monotelitas.

Tal vez hoy no haya quien niegue que Jesucristo fuera verdadero hombre, aunque hay muchos que le niegan la divinidad, pero eso no nos exime de la necesidad de probar las dos cosas. Y comenzando por la primera, diremos que:

*Jesucristo fué verdadero hombre.* Y como los constitutivos del hombre son cuerpo humano y alma racional, sustancialmente unidos, veremos que Jesucristo tuvo verdadero cuerpo humano y verdadera alma.

Que nuestro Señor Jesucristo tuvo verdadero cuerpo humano ¿quién habrá que lo pueda razonablemente dudar?

Cuando un individuo se presenta en medio de la humana convivencia y se manifiesta á los ojos de todos los hombres con las propiedades del humano cuerpo, y realiza en público las acciones corporales, tanto las puramente materiales, como las vegetativas y sensitivas, no se puede negar que tiene verdadero cuerpo humano, mientras con razones evidentes no se pruebe lo contrario.

Pues que Jesucristo se presentó á la faz del mundo con un cuerpo igual al de los demás hombres, con todas las acciones y propiedades del cuerpo humano animado por un alma, excepto algunos defectos que los otros hombres tienen, y que ahora no hay por qué manifestarlos, eso, digo, es cosa evidentísima entre las más evidentes. Tan enlazada está la naturaleza del cuerpo de Jesucristo con la realidad de la existencia de aquel maravilloso personaje que en historia se llamó y se llama Jesús, que, si se le niega el cuerpo hay que negar el personaje, y, si se admite el personaje, como no podemos menos de admitir, según vimos en la

---

(1) *Suma Contra Gentiles*, libr. 4; capt. 28 al 34.

pasada lección, hay que concederle un cuerpo real y verdadero, como á los demás hombres.

Que Jesucristo tuvo cuerpo adornado de las propiedades del cuerpo humano, al igual que los otros hombres, es la verdad más notoria entre todas las verdades históricas (1).

Pues el cuerpo de Jesús, según nos dicen los escritores sagrados, y los profanos que de esto se ocupan, tuvo la extensión y la forma del humano cuerpo. El pasó por todas las edades y adquirió todas las estaturas de los hombres, hasta los treinta y tres años en que fué crucificado. El fué infante y envuelto entre pañales; él fué niño, fué joven, y llegó á la edad viril, y en todas esas edades tenía su cuerpo la estatura, el grosor y demás proporciones convenientes y adaptadas á cada edad. Su cuerpo tenía, además, todos los miembros, órganos y aparatos para realizar las funciones de la vida, de que están adornados los más perfectos hombres. Pues de él se dice que tenía cabeza, cuello, pecho, brazos, piernas y pies; de él se dice que tenía ojos y los órganos de los demás sentidos; de él que tenía boca, huesos, corazón, etcétera... Por igual manera era el cuerpo de Jesús, un cuerpo visible, tangible y palpable; cubierto iba de vestidos por él sostenidos, sombra hacía como hacen los demás cuerpos; preso fué, atado con cordeles, azotado, ensangrentado, y cargado con la pesada cruz hasta la cima del Calvario; y aquí puesto fué sobre la cruz, enclavado y enarbolado en alto para que todos los que presenciaban aquella, por un lado horrible, y por el otro divina y sublime escena, pudiesen atentamente contemplarlo, y no les quedase duda alguna de que era verdadero hombre adornado de cuerpo real y verdaderamente humano. Por último, después, que inclinando su cabeza, expiró, lo bajan de la cruz, pónenlo en el regazo de su afligidísima Madre, úngenlo con aceites y aromas y, envuelto en una sábana, lo entierran en el sepulcro; resucita al día tercero, y al presentarse después á los Apóstoles reunidos en el cenáculo, mándales que le toquen y palpen, que vean sus manos y pies, y que introduzcan sus dedos en sus divinas llagas, para que se convenzan de que el que andaba entre ellos resucitado, era el mismo Maestro que con ellos había estado en la noche de

---

(1) No espere el lector que vayamos á traer aquí las citas de todo lo que apuntamos relativo á Jesucristo; pues habría que traer todo el Nuevo Testamento, y muchas otras historias profanas; y eso, ni hace falta, ni siquiera sería conveniente.

la Cena, y el que había sido clavado en la Cruz, pues tenía la misma carne, los mismos huesos y las mismas señales de su pasión; cosa que no pueden tener los puros espíritus y los fantasmas.

¿Cómo habrá, pues, medio de dudar que Jesucristo haya tenido verdadero cuerpo humano, cuando consta por innumerables testigos de vista que tuvo todas las propiedades de tal cuerpo? Pues no es menos clara la prueba que se saca de las acciones corporales que Jesucristo realizó en medio de sus discípulos y á la faz del mundo. Las tradiciones piadosas y las historias nos dicen que Jesús tuvo frío y calor según las estaciones del año, que tuvo hambre y sed, que comió y bebió en compañía de sus Apóstoles y discípulos; que creció y se desarrolló hasta una estatura y robustez promedias entre las de los hombres de aquel tiempo; que andaba á pie y á caballo, que se embarcaba para atravesar los mares; que experimentaba cansancio y se sentaba á descansar; que veía, oía, hablaba y levantaba sus manos para bendecir al pueblo y á sus amados discípulos. ¿Cómo no conocer que todas estas acciones no son propias de fantasmas, ni de puros espíritus, sinó de un ser que tiene verdadero cuerpo humano; pues que su conjunto sólo es realizable por el hombre mediante su propio cuerpo? Si, pues, Jesucristo tuvo un cuerpo, cuando menos en apariencia, que realizó todas las acciones y manifestó todas las propiedades del cuerpo de los demás hombres, ¿por qué razón no se ha de creer que su cuerpo fué verdadero cuerpo humano? Ciertamente que no se ve ninguna. Quienquiera, pues, que necia é impiamente se atreva á afirmar que el cuerpo de Jesucristo fué un cuerpo fantástico ó de materia distinta de la humana, debe aducir, para que se le crea, razones evidéntísimas en favor de su aserto; pues las razones primeras y la prescripción están en nuestro favor. Pero ciertamente que nadie podrá aducir en favor de su afirmación, no ya razones sólidas, porque no las puede haber, pero ni siquiera algo que tenga visos de leve razonamiento.

(Continuará).



## Reflexiones sobre el Evangelio.

### Dominica IV de Cuaresma.

El Evangelista San Juan, en el cap. VI. vs. 1-15, correspondiente á la presente Dominica, nos dice: «En aquel tiempo fué Jesús al otro lado del mar de Galilea, que es el de Tiberiades. Y le seguía una gran muchedumbre de gente, porque veían los milagros que realizaba con los que estaban enfermos. Y subió Jesús á un monte y allí se sentó con sus discípulos. Y estaba cerca la Pascua, día festivo para los judíos. Y habiendo Jesús levantado los ojos y visto la multitud que venía á Él, dijo á Felipe: ¿Cómo daremos de comer á todos estos? Y esto lo hacía para probarle, pues ya sabía lo que había de hacer. Respondió Felipe: Doscientos denarios de pan no bastarían para dar á cada uno un pedazo. Y entonces dijo Andrés, hermano de Simón Pedro: Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero ¿esto qué es para tanta gente? Y dijo Jesús: Hacedles sentar. Había allí mucha hierba, y se sentaron en número de cerca de cinco mil hombres. Tomó, pues, Jesús los panes, y habiendo dado gracias, los distribuyó á los que estaban sentados, y también de los peces cuanto querían. Y después que quedaron satisfechos, dijo Jesús: Recoged los pedazos sobrantes para que no se pierdan, y llenaron doce cestos. Y viendo las gentes el milagro que Jesús había hecho, decían: Este es verdaderamente el Profeta que ha de venir al mundo. Y Jesús, conociendo que habían de venir para llevarle y hacerle Rey, huyó de nuevo y solo al monte».

Enunciemos de paso las enseñanzas sublimes que Jesús nos presenta en este pasaje del Sagrado Evangelio, entre las cuales resalta, en primer término, la prudencia al retirarse al otro lado del mar de Galilea, porque en este tiempo había cundido la voz de que Herodes, que poco antes había hecho decapitar á San Juan Bautista en su prisión, creía que Jesús era el Bautista que había resucitado y se disponía á quitarle de nuevo la vida; y esto lo hizo Jesús, nos dice S. Jerónimo, no porque Él, como Omnipotente, tuviese nada que temer de la ira de sus adversarios, sino para dar ejemplo á los temerarios, que ellos mismos se entregan, pues no todos perseveran en los tormentos con el mismo valor y constancia con que á sus perseguidores se presentan; indicán-

donos así la manera de obrar cuando nos veamos acometidos de algún peligro, y sobre todo de las tentaciones, las cuales hemos de rehuir por todos los medios naturales, y sólo cuando éstos no sean suficientes á sustraernos de ellas, entonces es cuando hemos de afrontar valerosamente el peligro, poniendo toda nuestra confianza en los auxilios superiores de la gracia.

Muéstranos también con gran elocuencia la necesidad de ser caritativos y remediar las necesidades de nuestro prójimo, indicándonos la recompensa que dará á los que así obrasen, como lo hizo con los Apóstoles, á quienes por haber cedido voluntariamente en favor de la multitud que había ido á escuchar á Jesús, los cinco panes y los dos peces que tenían para subvenir á su necesidad, recompensa con un cesto de pan la pequeña porción que ellos habían otorgado; como si quisiera demostrarnos con esto, que lejos de ser perdidas las limosnas que diéramos á los pobres, obtendremos por ellas una centuplicada recompensa, siempre que obremos con arreglo á los preceptos de la verdadera caridad; por lo que debemos huir de esa filantropía de que tanto alardea nuestro siglo, que tiende de una manera principalísima á buscar el aplauso de los hombres, sin dirigir para nada sus acciones á Dios y teniendo sólo como fin secundario el alivio de la necesidad.

No insistiendo más en estas consideraciones y omitiendo otras muchas instrucciones que pudiéramos deducir de la narración evangélica, detengámonos á considerar la significación mística de este milagro, que representa la institución del Santísimo y Adorable pan eucarístico.

Existe, efectivamente, entre estos dos hechos notables una semejanza tal, que salta aun á los ojos más inexpertos, de una manera tan evidente, que es imposible negarla. A la verdad, en ambas ocasiones se dice que Jesucristo bendijo el pan, lo partió y se lo dió á sus discípulos; y es de notar que el Evangelista San Juan, que se había propuesto no tratar más que de aquello de que no se hubieran ocupado los demás Evangelistas, repite, sin embargo, este hecho, narrado ya minuciosamente por los demás Evangelistas. Los intérpretes de las Sagradas Escrituras dan como razón de esto el que, queriendo S. Juan en el mismo capítulo hablar del sacramento augusto del Cuerpo y Sangre de Cristo, de ese pan eucarístico que da la vida eterna á quien le toma con

las debidas condiciones, quiere, con la narración de este milagro, robustecer nuestra fe y prepararnos á creer lo que á continuación escribe sobre la Eucaristía.

Y en efecto, el que considere atentamente este milagro, ya no podrá decir cuando se trata de la transubstanciación verificada en el sacramento á que hacemos referencia, que esto es imposible y que pugna con las nociones filosóficas de substancia, cuerpo y espacio, como afirman los racionalistas modernos, pues aparte de que esto es completamente inexacto y cuya impugnación omito por impedirlo los estrechos límites de este trabajo, ¿quién puede negar que así como el Señor pudo, por medio de un milagro de su omnipotencia, multiplicar suficientemente cinco panes para satisfacer el hambre de tantos millares de hombres, puede también hacer que el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo haya bastado durante el período de diez y nueve siglos como alimento espiritual de todos los fieles que viven y han vivido en la Iglesia católica, sin que por esto haya disminuído en lo más mínimo?

Ese pan sagrado se multiplica, en efecto, permaneciendo uno; se come sin consumirse, pues ha de durar entero por toda la eternidad.

Dios, que por boca de Elías, pudo decir á la viuda de Sarepta (1): «La harina que tienes no te se acabará, y el aceite no disminuirá hasta el día en que el Señor haga que caiga el agua del cielo sobre la tierra»; ha podido también hacer que ese pan de vida eterna no falte hasta el fin del mundo, y que el aceite de la gracia brote de él sin cesar é inunde las almas de los creyentes mientras que existan fieles que le reciban.

Procuremos no olvidar las provechosas lecciones que para nosotros encierra este Evangelio, sobre todo la desconfianza que hemos de tener en nosotros mismos, y la necesidad de colocar, por tanto, toda nuestra confianza en Dios; la caridad que debe arder en nuestro pecho, manifestándola exteriormente en el socorro de los necesitados, y la fe sincera con que hemos de creer en la divina Eucaristía, Sacramento de amor, en el que se nos da como alimento espiritual á Jesucristo mismo, real y verdadero, y al cual hemos de tomar, por consiguiente, con la humildad y ornato de alma que exige tan egregio Huésped, en la seguridad

(1) III. Reg. XVII, v. 14.

de que, si así lo hacemos, en adelante) á semejanza de aquel pueblo, alimentado milagrosamente, de que nos habla el Evangelio) no querremos tener por rey de nuestro corazón más que á Jesús.



## Explicación de las Virtudes.

(Continuación).

Resta decir algo de la tercera condición para recibir con provecho la palabra divina.

Ya que el hombre ha recibido la palabra de Dios con atención, de poco le serviría, si no guardara en su corazón las verdades que ha aprendido. Porque siendo la divina palabra alimento del espíritu, como dice San Gregorio (1), el alma no puede vivir, cuando no digiere ese alimento que tanto fortalece. La meditación, por consiguiente, es el acto por el que se asimila la palabra de Dios. Ella hace que el hombre, en la soledad, revuelva las enseñanzas que ha grabado en su mente, y discuriendo acerca de ellas, encuentre el camino que ha de seguir para alcanzar la virtud.

El alma examina, compara, desea la perfección, propone, y auxiliada por la gracia de Dios, se decide á practicar las enseñanzas que el Señor le ha manifestado por medio de sus ministros. Por eso el mismo David, inspirado divinamente, encarece la importancia de esta meditación, cuando exclama (2): «Meditaré vuestra palabra, Señor, y no la olvidaré jamás».

Sin meditar las verdades que hemos escuchado, nuestro provecho es imperceptible, y nuestros propósitos como sombra de nube que pasa; pues entregados á las cosas del mundo inmediatamente después de oír la palabra divina, y no volviendo á traer á la mente las enseñanzas que de ella brotan, desaparece del alma la impresión producida en el acto de recibir la santa doctrina de Cristo, y quedamos como si nada hubiéramos escuchado.

¿Qué frutos conseguirán aquellas personas que, después de oír la palabra de Dios, se entregan á sus habituales pecados, sin pensar en lo que oyeron, y acaso mofándose de las mismas

(1) Homilía XIII, in Evang.

(2) Salmo CXVIII, v. 16.

verdades? Porque hay quien sale del templo, y guiado por un espíritu de soberbia, intenta ridiculizar, no solamente la persona del ministro del Señor, sino también la doctrina del Divino Maestro, ya con un lenguaje sentencioso, ya con sátiras de mal gusto. Y lo peor es, si estas personas son de las más obligadas á defender á Cristo, á meditar y practicar las verdades. Si así es, por desgracia, hagamos llegar á sus oídos estas palabras de un Profeta (1): «Os habeis separado del camino, habeis escandalizado á muchos, y habeis hecho vana mi alianza; por esto os he entregado al desprecio de los pueblos».

Tengamos muy presentes las condiciones que se han expuesto, para aprender de los labios de los sacerdotes la doctrina de Nuestro Señor, las cuales son, como hemos dicho, deseo de acudir á escuchar al ministro de Dios, con ánimo de aprovecharse, atención durante la exposición de la doctrina y meditación de las verdades manifestadas. Procuremos poseerlas, y al mismo tiempo que ilustramos nuestra inteligencia, nos esforzaremos en la práctica de las virtudes. ¡Feliz el hombre que recibe y practica la palabra de Dios! ¡Desgraciado el que ó no la quiere oír, ó la menosprecia después de escucharla!

Para concluir, mirad lo que escribió el Doctor Melífluo (2): «Si vuestro corazón está empedernido, acordaos de la Escritura, que dice: Dios hará oír su voz, y ablandará el corazón (3). Y aun más: Al punto que mi predilecto me habló, mi alma quedó enternecida (4): Si sois tibio, y temeis ser rechazado, no ceseis en la meditación de la palabra del Señor, y ella os abrasará, porque encierra llamas de fuego».

Oid la palabra de Dios y medítadla.

---

## CUENTO

---

### Honrar padre y madre.

Aquel día se hallaba Dolores más impertinente que de ordina-

(1) Malaquías, c. II, vv. 8 y 9.

(2) Serm. LXXIV.

(3) Salmo CXLVII.

(4) Cantar de los Cantares, c. V, v. 6.

rio, á pesar que ordinariamente sus impertinencias eran el colmo, y no sé cómo el calzonazos del marido tenía paciencia para aguantarla.

—Mira, Antonio, tu padre está enfermo y ya tú ves que esto no puede quedar así.

—Sí, hija, ya sé que está enfermo, ¿y qué quieres tú que yo le haga? Si al menos fuéramos médicos alguno de los dos...

—Muy mal lo quieres. Digo que hay que pensar algo; porque es imposible estar así mucho tiempo.

—¿Qué dices?—preguntó el marido aterrado sin comprender á dónde quería su esposa llevar la conversación.

—Esta noche no me ha dejado pegar los ojos, tose que tose: ¿no lo has oído tú?

—¡Claro! Pero ¿qué remedio tenía? Porque yo lo oyera ó no lo oyera ¿iba mi padre á dejar de toser?

—No, si no es eso lo que yo digo. Ya sabes que el médico opina que tenemos enfermedad para rato, y como comprenderás...

—Sólo comprendo que si tenemos enfermedad para rato, hemos de aguantarnos y pedir á Dios que sea un rato muy largo, pues mientras vive tenemos el consuelo de estar con él.

—Pero la botica no deja de sangrarnos, y hoy pastillas, ayer caramelos, mañana esparadrapos, el otro demonios, y así sucesivamente: esto es una sangría suelta de dinero que no la sostiene un marqués, cuanto más nosotros.

—Mientras yo esté sano y robusto para trabajar no ha de faltarnos para las medicinas, y cuando yo no pueda Dios está en el cielo.

—¡Verdad! Y entretanto nuestros hijos sin chaqueta y sin pan que llevar á la boca y yo hecha una negra á cada momento lavando ropa y él ensuciándola.

—Bueno, y ¿qué me quieres decir con tantas reticencias?

—Yo... tú ves... la verdad... Luego dicen que está tísico y tus pobres hijos viviendo en la misma casa... Ya sabes que es una enfermedad muy contagiosa.

—Bueno, todo eso está muy bien, ¿y qué?

—Que no sería el primero...

—¿Qué no sería el primero?

—Si pudiéramos adquirir una plaza en el Hospital...

—¿En el Hospital? ¿Sabes lo que has dicho? ¿Mi padre al Hospital? ¿Y viviendo yo?

—Hijo, no sé por qué te extraña. No sería el primero.

—Ya lo sé; ni el segundo. Ingratos no faltan nunca. Lo que falta es amor, resignación.

—Pues yo creo que mejor lo cuidarían en el Hospital que nosotros. Además son establecimientos benéficos fundados por la Iglesia. No creo yo que cuando la Iglesia, madre cariñosa, socorre á sus hijos, hemos de creer nosotros que nos deshonre al socorrernos.

—La Iglesia los fundó para los pobres, para los desamparados; cuando falta el cariño de los hijos, de los hermanos, viene la Iglesia con el amor de madre, pero la Iglesia es la primera en reprobar la ingratitud.

Largo tiempo duró este diálogo. Dolores era mujer, era nuera y sabía fingir, y llorar, y enternecerse, y otras muchas cosas que son un gran auxiliar para cumplir nuestros caprichos, y el pobre Antonio fué vencido como Adán por las caricias de Eva y resolvió llevar al hospital á su pobre padre, porque tosía por la noche y gastaba caramelos.

La ciudad distaba del pueblo cuatro leguas y había que hacer el camino á pie, porque las yuntas estaban arando.

Muy de mañana salieron padre é hijo, mudos y cabizbajos.

Por la mejilla del viejo rodaban lágrimas como nueces, y el hijo fumaba para ahogar los suspiros de su pecho.

Al fin el anciano se cansó antes de andar una legua.

--Parémonos aquí, hijo mío, me falta el aliento.

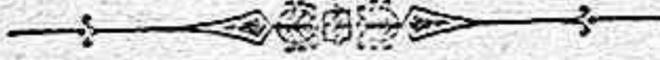
Los dos se sentaron.

El sol comenzaba á sumergirse en su lecho de oro; volvían los gañanes cantando á sus hogares; los pájaros saludaban con sus últimas notas al día moribundo, y el pobre anciano, conmovido, levantó sus ojos al cielo, miró á su hijo, suspiró con amargura, y exclamó:

—Vamos, hijo, ya es hora. ¿Ves esta cruz, junto á la cual hemos descansado? Tiene para mí un triste recuerdo. Yo la llamo «La Cruz de la ingratitud». Hace treinta años estuve sentado aquí. Hasta hoy no la he vuelto á visitar. Entonces era mi padre quien venía conmigo; lo conducía yo al Hospital, como tú me llevas á mí.

—Padre, respondió vivamente Antonio, —padre, volvámonos á casa; no quiero que mis hijos me sienten junto á esta cruz.

.....  
 Todas las tardes viene Antonio con sus hijos, y junto á la cruz bendita les explica los santos deberes que tienen para con sus padres.



## Liturgia.

(Continuación).

Nadie ignora que el Calendario eclesiástico contiene hasta seis domingos después de Epifanía, en los años en que la Pascua de Resurrección se celebra lo más alta que puede caer, ó sea en la última decena de Abril; otras veces sucede que, en el espacio de los cuarenta días que dura el tiempo de Navidad, sólo tienen cabida cuatro de estas Dominicas, y hay ocasiones en que este número es tan reducido que únicamente se celebran dos y hasta una sola; siendo la anticipación de la Pascua, causa de que se rece de Septuagésima y aun de la Sexagésima en el mes de Enero. A pesar de ello, en estas Dominicas, precursoras de la Cuaresma, nada se innova en los ritos de esta alegre cuarentena, á excepción del color morado y omisión del Himno angélico: color que en las Dominicas de Epifanía, si no coinciden con una fiesta *doble*, que imponga su rito y color, es verde, escogido por la Iglesia, al sentir de algunos liturgistas, porque al mismo tiempo que el Redentor es la *flor de los campos*, (1) ha nacido también para nosotros la esperanza de nuestra salvación, y porque después de invierno de la gentilidad y paganismo, comienza para la humanidad la *verde primavera* de la gracia.

Aunque nuestra santa Madre la Iglesia honre de un modo especialísimo, durante el tiempo de Navidad, el misterio de la infancia del Salvador, sin embargo, el orden mismo del Calendario, aun en los años en que la Pascua cae alta y da menos de seis meses para la celebración de la obra completa de nuestra salvación, á saber, desde Navidad á Pentecostés, obliga á la Iglesia á anticipar la lectura del santo Evangelio sobre los hechos de la vida activa de Jesús; no siendo menos fiel la Liturgia, al recordarnos las gracias del divino Niño y la gloria incomunicable de su Madre, hasta el día mismo en que Ella ha de venir á presentarle al Templo.

Los Griegos, durante todo este tiempo, conmemoran también con mucha frecuencia en sus oficios la maternidad de María, pero

(1) Cant. II, 1.

sienten sobre todo una veneración especial por los doce días que median desde la fiesta de Navidad á la de Epifanía: intervalo que designan en su liturgia con el nombre de *Dodecámeron*. Durante este tiempo no guardan abstinencia alguna en la comida: y los Emperadores de Oriente decretaron también que, por respeto á misterio tan sublime, se suspendieran las obras serviles, y que los Tribunales de justicia vacaran hasta pasado el 6 de Enero.

Si la liturgia que se refiere á todo el tiempo de Navidad manifiesta con toda su magnificencia y poesía los sentimientos que en dicho tiempo animan á la Iglesia, esto mismo sucede, pero con exceso, á la liturgia del día mismo de Navidad. En efecto, en el día de esta fiesta permite la Iglesia que cada Sacerdote pueda celebrar tres misas. Para indagar el por qué de estas tres misas, preciso es saber que se distinguen tres nacimientos del Hijo de Dios, á saber: su nacimiento eterno en el seno del Padre, su nacimiento temporal al salir del seno de María, y su nacimiento espiritual en el corazón de los justos por medio de la gracia. Las tres misas del día de Navidad representan estos tres nacimientos, y por esta razón la Iglesia autoriza para honrarlos la celebración de dichas tres misas. En la misa solemne, que ha de comenzar precisamente á la media noche, contempla y honra la Iglesia el instante mismo del nacimiento de Jesús en Belén, que, según refiere la tradición, tuvo lugar á la media noche, razón por la que los Santos Padres siempre han aplicado al Verbo hecho carne aquellas palabras proféticas del libro de la Sabiduría en su capítulo XVIII: *Cuando todo reposaba en un profundo y pacífico silencio y la noche estaba en medio de su curso; vuestra palabra, Omnipotente Señor, ha venido del cielo á la tierra; ella ha descendido del trono real que tenéis en el cielo*. La pompa misma del oficio anuncia la alegría de la Iglesia, que de nuevo vuelve á tomar el canto del himno angélico: *Gloria á Dios en las alturas*, interrumpido durante el Adviento, y cuyo origen de tan celestial cántico lo encontramos en el Evangelio mismo de esta misa.

En la misa de alba honra la iglesia á Jesús adorado por los pastores, que representan á los fieles. Este es el segundo nacimiento del Salvador, su nacimiento espiritual, que se opera en nuestras almas mediante su gracia. La misa del alba toda ella está consagrada á este misterio; pues su Introito nos muestra la aparición del divino Sol. *La luz brillará hoy sobre nosotros, pues ha nacido nuestro Salvador*. En la Epístola nos describe San Pablo los innumerables bienes y efectos que ha de producir en las almas este divino Salvador; en el Evangelio se nos pone de manifiesto el apresuramiento de los pastores en visitar al recién nacido y los muchos frutos obtenidos, y por último, al terminar el Santo Sacrificio pide la Iglesia en sus últimas oraciones que la fe de los fieles se avive á la vista de gracias siempre nuevas que Dios les comunica.

Finalmente, el misterio que la Iglesia trae á nuestra memoria en la tercera misa que se celebra después de la salida del sol, á la hora de Tercia, es el nacimiento eterno del Hijo de Dios en el seno de su Padre: idea que resalta principalmente en el Evangelio «*In principio erat Verbum*» principio del de San Juan, y que nos transporta al seno de Dios, para que contemplemos la eternidad, la personalidad y la divinidad del Verbo.



## Noticias generales.

Nuestro colega *Las Noticias*, en su número 348, correspondiente al día 15 de los corrientes, aplaude, después de insertar las disposiciones sobre la blasfemia de varias autoridades civiles, de que hacíamos mención en nuestra modesta revista, y termina dándonos la lección de que nuestro digno Gobernador también las había dictado anteriormente.

Con gratitud la recibimos, como todas las que tenga á bien darnos, pero sentimos que nuestro distinguido colega, ó no haya recibido el número 9 de nuestra revista ó lo leyera muy á la ligera, pues en él, no sólo aplaudíamos el celo de nuestra primera Autoridad civil, sino que insertamos íntegra la circular que con tanta razón y oportunidad publicó. Por esto no la citábamos en nuestro último número, recordando otras disposiciones que venían á confirmar la suya.

\*\*\* Acaba de fallecer en el Santuario de la Virgen de Montesclaros el Ilmo. Sr. Obispo D. Francisco Gómez Salazar, antiguo profesor de Derecho Canónico en la Universidad Central. La ciudad y diócesis de León conservarán por largo tiempo feliz memoria de la munificencia y esplendidez con que atendió á multitud de obras benéficas y á la restauración de sus más preciadas joyas artísticas.

Descanse en paz.

\*\*\* El capitán Mangin d'Quince ha dirigido al Coronel del 2.º Regimiento de cazadores, en Francia, la comunicación siguiente:

Mi Coronel: Tengo el honor de remitiros mi dimisión, que os pido os sirváis transmitir al Ministro de la Guerra.

Pudiendo de un momento á otro ordenárseme el que coopere

á la expoliación de los bienes de la Iglesia, mi conciencia, mis sentimientos de cristiano no me permiten asociarme á estas medidas iníquas.

He entrado en el Ejército para servir á mi país, para defenderlo, contra el extranjero, para con este fin sacrificarle mi vida si necesario fueria, pero no para hacer la guerra á Dios.—Firmado, *D' Ovince*.

\*\*\* Al ir hacer el inventario en la Catedral de Cambrai para penetrar, en la cual hubo que derribar las puertas, presentóse el Obispo Mons. Sonnois, vestido de Pontifical y rodeado del clero Catedral, para protestar contra el acto de violencia que venía á ejecutarse; pero los agentes del Gobierno, sin respeto á su jerarquía ni á su edad, le empujaron tan brutalmente, que el anciano Prelado cayó al suelo, teniendo que ser conducido á la sacristía por los sacerdotes que le rodeaban.

---

## Santorál.

---

Día 25, Domingo *IV de Cuaresma*. LA ANUNCIACIÓN DE NUESTRA SEÑORA Y ENCARNACIÓN DEL HIJO DE DIOS. Stos. Quirino, mártir, Dimas el buen ladrón, y Pelayo, ob., y Sta. Dula, mr.

Día 26, lunes. Stos. Montano, presbítero, Cástulo, mr., Teodoro, obispo, y Stas. Tecla y Máxima, mártires, y Sta. Eugenia, virgen y mártir.

Día 27, martes. S. Alejandro, mártir, Stos. Fileto, Macedón y Teoprépidés, mrs., Ruperto, ob., y Sta. Lilia, mr.

Día 28, miércoles. Stos. Prisco,

Cástor, Doroteo y Rogato, mártires, Sixto III, pp. y conf., y Sta. Fortunata, vg. y mr.

Día 29, jueves. Stos. Segundo, Jonás y Baraquiso, mrs., Eustasio y Bertoldo, cfrs., y Sta. Gibitrudis, vg. y mr.

Día 30, viernes. La Preciosa Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, S. Quirino, mr., y Sta. Margarita, vg. ABSTINENCIA DE CARNE.

Día 31, sábado. Stos. Amós, profeta, Benjamín, diác. y mr., Pedro, soldado y erm., y Stas. Cornelia, mr., Balbina, vg. y mr., y Bta. Juana de Tolosa, vg.